Rubén Darío

Poesía

Introducción y selección de Jorge Campos
Notas de Arturo Ramoneda

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1977
Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción y selección: Herederos de Jorge Campos
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1977, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-492-5
Depósito legal: M. 25.880-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Introducción, de Jorge Campos
25 Bibliografía

[Primeras poesías] (1880-1888)
29 [Lector, si oyes los rumores]
29 El poeta
31 *Sotto voce*
VERSOS TRISTES
31 I
32 II
32 III
ABROJOS
33 I
33 V
33 XXX

De *Azul* (1888-1890)
EL AÑO LÍRICO
37 Primaveral
42 Estival
42 I
46 II
47 III
48 Autumnal

50 Invernal
55 Caupolicán
56 Venus
57 De invierno

De *Prosas profanas y otros poemas* (1896-1901)
61 [Era un aire suave, de pausados giros]
66 Divagación
74 Sonatina
76 Canción de carnaval
80 El faisán
82 Margarita
83 Coloquio de los centauros
95 El cisne
96 Año nuevo
98 Verlaine. Responso
101 El reino interior
104 Cosas del Cid

De *Cantos de vida y de esperanza. Los cisnes y otros poemas* (1905)
109 [Yo soy aquel que ayer no más decía]
114 Salutación del optimista
117 Al rey Óscar
120 Cyrano en España
123 A Roosevelt
125 Marcha triunfal
128 Los cisnes
130 La dulzura del ángelus
130 Tarde del trópico
131 Nocturno

133 Canción de otoño en primavera
136 El soneto de trece versos
137 A Phocás el campesino
137 [¡Carne, celeste carne de mujer! Arcilla]
139 De otoño
140 Caracol
140 Nocturno
141 Thánatos
142 Letanía de nuestro señor Don Quijote
145 Lo fatal

De *El canto errante* (1907)
149 Visión
153 *Dream*
154 La canción de los pinos
156 *¡Eheu!*
158 Antonio Machado
159 Nocturno
159 Balada en honor de las musas de carne y hueso
162 Agencia...

De *Poema del otoño y otros poemas* (1910)
167 Poema del otoño
175 Vesperal
176 Gaita galaica

De *Canto a la Argentina y otros poemas*
179 La Cartuja
183 Pequeño poema de Carnaval
189 Los motivos del lobo
195 La canción de los osos

[Poesías sueltas] (1912-1916)
205 Balada sobre la sencillez de las rosas perfectas
207 A un poeta
207 *Babyhood*
209 Los olivos
211 A Francisca
215 Pasa y olvida
216 Triste, muy tristemente
216 Divagaciones

219 Índice de primeros versos

Introducción

Rubén Darío produjo un deslumbramiento en la poesía de su tiempo. La fuerza de su voz arrastró tras ella a cuantos la cultivaban o la amaban. Era, él mismo, la Poesía.

Todavía en 1916 Antonio Machado, ante la muerte de su amigo, pedía:

> Pongamos, españoles, en un severo mármol
> su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:
> Nadie esta lira toque si no es el mismo Apolo;
> nadie la flauta suene si no es el mismo Pan.

Después la poesía quiso dar un paso más hacia la conquista de su propia esencia. Cansada de ataviarse con recamados ropajes y cautivadoras músicas quiso ofrecerse desnuda en toda su pura belleza –en el verso de Juan Ramón– para intentar comunicarnos su

inocencia. Uno de sus adornos, la imagen, pretendió constituirse en el secreto total de su misterio. La poesía del Modernismo, y con ella la de Rubén, pertenecía a todo un pasado que se consideraba prescrito y marchito.

No por eso la estimación de Rubén Darío llegó a sufrir un eclipse a pesar de que son otros los senderos preferidos por los poetas. Aun en los momentos en que la «vanguardia» rompe con el pasado y trata de crear una poesía nueva se mostraba así frente a Rubén, por boca de su cronista y profeta Guillermo de Torre:

«Su obra [...] representa para los jóvenes actuales una muestra de altitud espiritual en la aurora imprecisa de este siglo, como reacción derrocadora de las mediocridades posrománticas imperantes a la sazón». Juicio valorativo y elogioso que preparaba una condena en cuanto a maestría y ejemplo a seguir.

Por recurrir a algún testimonio de excepción entre las generaciones que le sucedieron bastaría la reiterada afirmación de Juan Ramón Jiménez en cuanto a lo que significó, a que no se pudo ya hacer una poesía semejante a la que él encontró. «Tuvo el privilegio de despertar a la poesía española de su letargo», dijo. O aquellas palabras de Jorge Guillén acerca de «el poeta que yo entonces [1912] admiraba y sigo admirando mucho». Sería también otro de aquellos poetas de la generación del veintisiete, Pedro Salinas, quien ahondase en el verdadero Rubén, descubriendo la auténtica alma del poeta, que encerraba su tristeza y su preocupación infinita tras la externa alegría del Modernismo.

Primeros años

Félix Rubén García y Sarmiento, que adoptó desde sus primeros escritos los sonoros nombres de Rubén y Darío –éste usado ya por su familia–, nació en Metapa, rincón de Nicaragua, en 1867. La desunión de sus padres hizo que fuera recogido por unos familiares, habitantes en la ciudad de León de aquel mismo país, quienes tras el intento de someterle a un aprendizaje artesanal le llevaron al Colegio de la Compañía de Jesús.

Su vocación poética fue precoz y se manifestó desde la niñez. «Hacer poesía fue en mí –dijo alguna vez– orgánico, natural, nacido.» El «poeta niño», como se le llamara, era admirado y agasajado por las gentes desde los días del colegio en que componía versos, que impresos en papelillos de colores se dejaban caer al paso de las procesiones. Muy pronto aparece su firma en la prensa local y un propósito de protección a un talento que no merece quedar inculto se concreta, después de más altos planes, en un empleo en la Biblioteca Nacional de León. Ávido lector, encuentra allí lugar donde aplacar su curiosidad por conocer todo el amplio camino que la poesía ha recorrido desde la antigüedad. Le ayudarán a ello las nutridas columnas de letra estrecha y menuda de los volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles que Emilio Castelar regalara a dicho país. En aquellas ansiosas lecturas se familiarizó con los poemas españoles anteriores al siglo XV, los versos torrenciales de Lope de Vega, la sensibilidad de Garcilaso o Fray Luis de León, la prosa cervantina, las posibilidades que la lengua ofrece a Quevedo o Góngora...

En las poesías que escribiera durante toda esta etapa se advierte la frecuentación de estas lecturas y ya su dominio de los distintos tipos de versificación que el paso de los siglos le ofrece. También conoce a los románticos, a Espronceda, a Enrique Gil, a Zorrilla, a Bécquer, a Núñez de Arce, a Ferrari, a Campoamor y a un cubano postbecqueriano entonces de gran boga, José Joaquín de Palma.

El Salvador: Hugo y la poesía francesa

Un paso importante –el primero de una serie de viajes que parece iniciar el curso no oficial de sus universidades– lo constituyó su estancia en El Salvador, en 1882. Allí entabló amistad con un grupo de jóvenes que, como él, había advertido en la poesía francesa sonoridades y posibilidades que superaban las de la poesía española del momento, especialmente Víctor Hugo y el alejandrino francés. Con uno de aquellos amigos, Francisco Gavidia, la comunidad de ideas poéticas le llevó a una íntima amistad y a una serie de trabajos conducentes a tratar de dar al verso castellano la flexibilidad del francés. Gavidia nos ha dejado detallada información de sus esfuerzos y de su alegría al conseguirlo. No es extraño que este momento de la historia de la poesía española se haya comparado con aquel otro en que Boscán y Garcilaso tratan de que la métrica italiana suavice y dulcifique la poesía castellana medieval.

Primeros versos

Abundante es ya la producción de Rubén Darío en estos primeros años. Domina en ellos el poema de circunstancias, la poesía de abanico y el verso como vehículo político o expresión de ideas. El poeta no ha hallado aún una ruta propia, aunque muestra ya su maestría en la versificación. Repasando sus primeros versos hallaremos su encuentro con la poesía francesa. También alguna constante en el espíritu del poeta. Es curioso ese poemilla inicial donde, niño todavía, deja constancia de «ecos de dolores» junto a «flores de dulce alegría», que más parecen un resumen vital que una iniciación. También es fácil advertir cómo un intento de musicalidad se va abriendo paso entre lo gris y apagado de la poesía de su tiempo buscando una tradición propia en Enrique Gil o Bécquer.

Rimas y *Abrojos,* los dos de 1887, son los libros que cumplen y cierran este momento. Aunque preparados y editados en su época chilena, pertenecen a una etapa anterior. Cuando aparecen, él está entregado a una poesía nueva, renovadora y brillante. Cuanto ha escrito hasta el momento, expresa Pedro Salinas, es pura prehistoria.

Azul

En el peregrinar de Rubén, ya iniciado y que no acabaría sino con su muerte, Chile representó un paso trascendental para su creación poética. Allí aparece *Azul* en la fecha que se ha venido considerando como el hito seña-

lador del Modernismo. (No es exactamente así, sino la de su conocimiento y aceptación, aún con reparos o discusiones.) La influencia francesa que surgió del cantor de *La légende des siècles* se amplía y sutiliza con el conocimiento de una verdadera pléyade de poetas. En la estancia chilena fue importante su relación con Pedro Balmaceda, hijo del entonces presidente de la República. Su amistad le introduce en ambientes refinados, reflejo o imitación del amado París que le llegaba en los versos y prosas de Gautier, Coppée, Richepin, Mendès, Leconte de Lisle, Maupassant... Visión literaria de un París totalmente exótico soñado desde la costa del Pacífico y al que Rubén rinde tributo recreándolo desde los poemas y cuentos de su libro. Lo importante es que Rubén no ha imitado a este o al otro poeta, sino que ha construido algo nuevo con todos ellos, sin olvidar lo español ni las confluencias renovadoras de coetáneos como José Martí.

En la segunda edición de *Azul,* en 1890, añade algunas composiciones que vienen a mostrar un adelanto en la concepción de la poesía y la narración fuertemente teñidas de parnasianismo. Entre ambas ediciones se encuentra la que podría llamarse consagración rubeniana, que de hecho fue de alta importancia para su universal aceptación. Se trata del artículo que le dedica el más fino crítico de la época, Juan Valera. En él se saludaba, a pesar del entonces repetido «galicismo mental» algo empalagado de afrancesamiento, la aparición de un verdadero y renovador poeta.

A Rubén en esta época le seduce el parnasianismo –que lleva a máximas consecuencias la sonoridad y la perfección formal de Hugo–. El ideal de la poesía es

la expresión de la belleza que llega al preciosismo, la musicalidad, un mundo refinado y lujoso, como ese París exótico y soñado del poema «De invierno». Lecturas, cuadros, grabados vistos en casa de Balmaceda o en otras casas señoriales le permiten imaginar un París cosmopolita y sensual, capital de un mundo de la belleza, del que ya le da carta de naturaleza ser el autor de *Azul.*

España: 1892

Nuevas fechas en la carrera de Rubén. 1889 es la de su incorporación a la nómina de colaboradores de *La Nación,* de Buenos Aires, que duraría toda su vida, con difusión mundial de una prosa modernista en la que ya le había precedido Martí en el mismo puesto:

Es la del primer viaje a Europa, a España, a Madrid, la de 1892. Viene como representante de Nicaragua en las fiestas que conmemoran el Centenario del descubrimiento de América. A pesar de sus innovaciones galicistas, España es todavía para él el lugar donde se hallan Zorrilla, Campoamor. Se acerca a ellos, como a Núñez de Arce, Emilia Pardo Bazán o Menéndez Pelayo. La carta pública de Juan Valera es la mejor presentación. Pero el agradecimiento a la acogida que le hacen estas personas ilustres, que nunca dejó de expresar, no le impiden descubrir y unirse a una intención renovadora, coincidente con la suya, que representa Salvador Rueda, colorista y con seducciones parnasianas, quien lleno de entusiasmo se sitúa en el séquito del admirado poeta, al que desde aquel momento proclama como maestro...

De Madrid pasa a Buenos Aires. Una gran capital, la más cosmopolita de América entonces, mirando a Francia más que a España.

Prosas profanas

Prosas profanas (1896) es libro de madurez y seguridad. El poeta hace oír una voz propia y distinta. Tiene conciencia de haber sido el adelantado de la nueva sensibilidad que ya impera en toda la poesía de lengua española.

Sigue mostrándonos su fe en que el fin último de la poesía puede ser la belleza. La influencia francesa, pasada ya por su visión que la transforma, se vuelve hacia el hedonismo y la sensualidad, se carga de erotismo y se puebla de versallescas fiestas galantes. Juan Ramón Jiménez ha insistido acerca del parnasianismo de este libro que significó el asentamiento de la corriente francesa en la utilización de alejandrinos o eneasílabos.

Pero, como supo ver Pedro Salinas, «el placer de los sentidos tiene inevitable condición de pasajero y ese descubrimiento dará sombra a la ilusión y la alegría». Por eso en la lírica de Rubén todo empieza a cambiar: los tonos, las proporciones de las cosas, los acentos del alma. El descubrimiento del tiempo como adversario de la perennidad de la fiesta se inicia ya en este libro y se irá acentuando en su obra posterior donde se arraigan la preocupación dolorida, el pensar interrogante y la angustia.

Rubén creyó necesarias unas «Palabras liminares» donde se acusan las reacciones adversas a la nueva poe-

sía. También una profesión de fe. Junto a la evasión –«y detesto la vida y el tiempo en que me tocó vivir»–, la aceptación de la tradición castellana –Cervantes, Garcilaso, Gracián, Quevedo– y las voces de la vieja América indígena o la moderna voz del demócrata Whitman. También alude a Dante y Shakespeare como hitos cimeros que con Hugo y Verlaine llegan hasta el parnasianismo y el simbolismo.

Lo que sí hay que decir es que por la vía de estas dos últimas tendencias o por la meditación íntima tras las formas exteriores presidió toda su vida la entrega a la Poesía, esa poesía que definía, adelantándose a Juan Ramón, como «mía en mí».

Para este poeta es *Prosas profanas* la obra maestra de Rubén. Esta admiración se relacionaba precisamente con su carácter de libro plenamente parnasiano, «es decir, es un libro objetivo, es un libro en donde no hay ningún problema íntimo ni sentimental, ni siquiera sensitivo». Sin embargo, como Salinas señala, hay en este libro poemas como «El reino interior» donde el poeta muestra a su alma pensativa en meditación.

De nuevo España

La fecha de su segundo viaje y más larga estancia en Madrid es 1898. Las ilustres figuras que conformaban el panorama literario seis años antes han desaparecido o son menospreciadas por ese animoso grupo que hoy conocemos con el nombre de una generación que lleva como definitoria esa misma fecha. Rubén es uno más entre

ellos. Son Benavente, Baroja, Maeztu, Azorín, Valle-Inclán, Villaespesa. Es decir, los noventayochistas y los modernistas.

Juan Ramón Jiménez atribuyó siempre gran importancia a esta convivencia de Rubén con los poetas españoles. Afirma que, menos seducidos por el parnasianismo, les había llegado más íntimamente el simbolismo, que en gran parte le dio a conocer.

También considera Juan Ramón que la hondura que se va apoderando de la poesía rubeniana, desplazando a la brillantez del Parnaso, pudo tener también que ver con los poetas españoles en un tiempo en que no dejaron de existir influencias de unos en otros: «En España el Modernismo se distinguió por un mayor sentido interior... Describir los centauros no es lo mismo que expresar la intimidad».

Lo cierto es que en la temática de su siguiente libro se reflejan motivos relacionados con su viaje a Madrid, desde el «Cyrano en España» escrito a petición de Benavente para su revista *La Vida Literaria.*

Cantos de vida y esperanza

Este nuevo libro recoge poemas coetáneos de los del anterior. De hecho no responden a dos momentos sucesivos, sino que a este segundo pasaron composiciones nacidas ya cuando se prepararon las que habían de formar las *Prosas profanas.*

Si acaso podría mostrarse en él una mayor profundidad de tono, al tiempo que el aumento de sencillez en la

expresión. Por un lado el poeta se acerca a temas más próximos recortando las alas al vuelo exotista. Por otro se vuelca más hacia su intimidad y se pregunta por lo que él como hombre está haciendo: la ampliación de temas va tanto hacia el entorno universal del poeta como a la apertura de su reino interior hacia la comunicación con los demás. El poeta no se deja ya llevar tan fácilmente por la alegría de las fiestas que encubren lo hondo de su alma, en la que nos descubre la existencia de tristeza y desilusión a pesar de las primaverales sonrisas.

Los cisnes han dejado de ser pura expresión de lo bello para interrogar sobre los misterios que rodean al hombre. Amargura, angustia, dolor, temor a la muerte y al más allá derivan hacia temas eternos la versallesca y galante sugestión erótica.

Obra posterior

A partir de aquí Rubén no aporta novedades de la consideración de sus obras anteriores. Es un poeta en plena posesión de sus medios, que ahora consolida. Si no mejores libros, sí nos da en ellos algunas de sus mejores páginas.

El proceso iniciado se ahonda. No perderá el dominio de la musicalidad y la palabra, pero se harán cada vez más visibles sus íntimas preocupaciones. Vivirá en París largas temporadas y pasará otras en Madrid, en Asturias o en Palma de Mallorca. Pero la Ciudad-luz le atraerá de nuevo y la sumisión al alcohol le acentuará alucinaciones y terrores debilitando su voluntad. Utilizado como atrac-

tivo para una revista, y después casi como fenómeno de feria, el destino le lleva a morir en León de Nicaragua, donde el poeta-niño inició su excepcional camino de padre y maestro mágico, como él llamara a Verlaine.

Son tan grandes y tan representativas en Rubén las formas y cuanto con ellas se relaciona, que han opacado otros elementos constitutivos de su lírica divulgando más popularmente las composiciones sonoras o musicales. Fue su amor a la poesía y su lucha por perfeccionarla lo que le indujo a situarse en el cultivo del arte por el arte; mas en esta consideración entra también un concepto de la poesía como expresión de intimismos que le conducen a la evolución que se ha observado. La hipersensibilidad que se desliza hacia el sensualismo llevará después hacia la interrogación y la meditación.

Mas no por el predominio de lo formal ni la inmersión en un mundo intimista la poesía de Rubén está aislada de su momento ni del contexto cultural e histórico en que se produjo. Más acertado sería decir que es producto suyo. El Modernismo, aun antes de ser bautizado así, surge a partir de 1880 en Cuba, en México, en Colombia, en Uruguay... Es un fenómeno continental al que se suma Rubén Darío para encauzarlo y resumirlo. Las razones se hallan en el despego de la tradición poética española, que ofrecía pocos alicientes a cualquier espíritu joven y en la atracción hacia el esplendoroso brillo de la poesía francesa. Pero, como ya se ha hecho notar, el Modernismo coincide en fechas con el desarrollo –tardío respecto a Europa– del capitalismo en la América hispana, claramente perceptible en aquellos

años en Chile, centro comercial del Pacífico, o en el desarrollo industrial y financiero de Argentina. La producción capitalista lleva aparejada la intención de ganancia y ésta las necesidades de consumo, de lujo y de suntuosidad. El propio Pedro Balmaceda sitúa estas coordenadas del momento en cita certeramente destacada por Jaime Concha:

> Vivo en un costado del parque en la casa de la Administración. Da al mar, por el lado de los establecimientos de la fundición, la fábrica de ladrillos, la bahía, los muelles y los vapores de chimeneas rojas. A un lado los caprichos de una mujer, al otro la pujanza y el trabajo emprendedor de un hombre. Aquí, el oro que brota; allí, el oro que derrama y gasta...

No puede darse mejor visión del Modernismo produciéndose al tiempo que el desarrollo industrial y apropiándose la poesía como una forma del lujo. El oro, como la pedrería, los objetos costosos y en general el refinamiento se correlacionan con una poesía de argentería, de artístico artesanado. Se habla de cincelar el verso, de pulir el lenguaje, de pintar medallones o miniaturas. Pero Rubén no se queda en la evasión melodiosa, sino que a través de las muselinas y los ambientes cerrados a lo vulgar deja entrever problemas que se refieren al equilibrio político hispanoamericano frente a un empuje imperialista que se ha puesto al descubierto con la guerra hispanonorteamericana de 1898. Rubén, zarandeado de un país al otro por una existencia necesitada de protecciones que le obligan alguna vez a can-

tar al son que le tocan, va cediendo cada vez menos a los halagos exteriores y escuchando voces internas que le hacen escribir para sí mismo. Le preocupa el hombre –aunque sea el hombre que él es– y por eso su poesía llega hasta el lector de hoy.

Bibliografía

RUBÉN DARÍO, *Poesías completas,* edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte, aumentada con nuevas poesías y otras adiciones por Oliver Belmás, Madrid, Aguilar, 11.ª ed., 1977.

Estudios

ANDERSON IMBERT, Enrique, *La originalidad de Rubén Darío,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967.

CARILLA, Emilio, *Una etapa decisiva de Darío (Rubén Darío en la Argentina),* Madrid, Gredos, 1967.

CONCHA, Jaime, *Rubén Darío,* Madrid, Júcar, 1975.

CONTRERAS, Francisco, *Rubén Darío: su vida y su obra,* Barcelona, Agencia Mundial de Librería, 1930.

DÍEZ DE REVENGA, Francisco J., *Rubén Darío en la métrica española y otros ensayos,* Universidad de Murcia, 1985.

FERNÁNDEZ, Teodosio, *Rubén Darío,* Madrid, Historia 16, 1987.

GARCIASOL, Ramón de, *Lección de Rubén Darío,* Madrid, Taurus, 1961.

GHIANO, Juan Carlos (editor), *Rubén Darío. Estudios reunidos en conmemoración del Centenario (1867-1967),* Universidad Nacional de La Plata, 1968.

GIORDANO, Jaime, *La edad del ensueño: sobre la imaginación poética de Rubén Darío,* Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1971.